







www.loqueleo.com/uy

© 2023, Sebastián Pedrozo

© De esta edición:

2023, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-500-7

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: setiembre de 2023

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Álvaro Zunini

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

**MISTERIOSA
BANDA ORIENTAL
(1516 - 1811)**

SEBASTIÁN PEDROZO

loqueleg

Para Federico Ivanier

La noche era invencible.
José Pedro Barrán

FRANCISCO Y EL CORAZÓN DEL CONQUISTADOR

11



1516 - 1528

De esas costas vacías me quedó sobre todo la abundancia de cielo. Más de una vez me sentí diminuto bajo ese azul dilatado: en la playa amarilla, éramos como hormigas en el centro de un desierto. [...] Allá, de noche, en cambio, dormíamos, a la intemperie, casi aplastados por las estrellas. Estaban como al alcance de la mano y eran grandes, innumerables, sin mucha negrura entre una y otra, casi chisporroteantes, como si el cielo hubiese sido la pared acribillada de un volcán en actividad que dejase entrever por sus orificios la incandescencia interna.

El entonado, Juan José Saer



Antes, lo habían olvidado. Pero él no los pudo olvidar. Porque tuvo en sus manos el corazón de uno, y de todos los conquistadores.

Así eran las cosas.

No pudo olvidar el horror de la guerra. La masacre. El fuego. Las armas.

Las brújulas.

Los espejos.

Ellos, los exploradores, habían sido su familia. Su escuela en el mar y en la vida. Y en la muerte.

Eran sus hermanos.

Un grumete aprende de los viejos marineros. Los lobos de mar. Un grumete carga, descarga, limpia y echa agua salada sobre la cubierta.

Un grumete se cubre de sal y resiste.

El almirante había sido como un padre, su nombre: Juan Díaz de Solís. Él debió sospechar que aquel hombre no tenía escrúpulos, cuando bajó a esos dos marineros

en una isla desierta porque no aceptaban sus planes de ir a por las Sierras de Plata.

La ambición no tiene nada que ver con descubrir. Francisco del Puerto, el huérfano. El grumete, tan joven. Tan inocente. Solo quería conocer el mundo. Y vio la crueldad.

14 Era el año de 1516 cuando, después de enterrar como Dios manda al pobre Martín García en aquella isla, la expedición de Solís hizo contacto con los indígenas, que saludaban desde la meseta, más allá de las playas.

Solís mandó desembarcar para entrar en contacto.

Eso significaba averiguar sobre las riquezas de oro y plata. Nada más y nada menos. El almirante estaba exultante desde que había llegado a ese mar dulce enorme, que prometía un pasaje a la tierra soñada.

Pero las cosas no salieron como lo planearon.

Para nadie fue lo que debía ser.

Ya en la arena, luego de unos torpes saludos, algo más de media docena de europeos, entre los que estaba el jovencito Francisco del Puerto, comenzaron a pedir información sobre la leyenda de la tierra del oro, a cambio de algunas baratijas, algo que los indígenas no perdonaron.

Mientras tanto, el grumete se alejó para observar el paisaje. Él no formaba parte de la negociación, él solo quería conocer el mundo. Quería saber de cosas, de aromas y sabores. De nuevas lenguas, y entre aquel griterío

de voces que no se entendían, era incapaz de disfrutar de lo que le rodeaba.

Que era mucho y variado.

Luego, ocurrió la desgracia: los españoles tomaron del brazo a un joven indígena. Lo empujaban hacia su barcaza. Lo querían subir a una de las carabelas.



15

El indígena, que al principio no sabía qué sucedía, con los pies en el agua, reconoció el peligro y lanzó horriblos gritos de ayuda.

El europeo quería su comprobante de que había pisado nuevas tierras. Un primer botín.

Pero los indígenas no se lo permitieron. La ayuda no se hizo esperar.

La lluvia de flechas tampoco demoró. Cayeron, casi invisibles, sobre los marineros.

En unos minutos, nada más, la orilla se tiñó de sangre. Sangre mezclada por primera vez en esas costas amarillas.

16 Las bajas europeas fueron muchas. Entre ellas, la de Juan Díaz de Solís. El explorador, con una flecha en el pecho, cayó boca arriba, mientras sus colaboradores salían despavoridos hacia el agua.

Era la primera sangre derramada en esa tierra, la primera de un sinfín de encuentros entre estos dos mundos.

Y vendrían muchos más. Por siglos. Y correría mucha más sangre.

Lo último que vio Solís fue una nube muy blanca, estirada en un hermoso cielo azul.

Pero había un testigo inesperado. Alguien en el que no se había reparado hasta el silencio posterior a la batalla.

A unos metros, Francisco, horrorizado, corrió sin rumbo hacia la meseta. No tenía idea de a dónde iba. Solo quería salvar su pellejo.

Era un joven veloz. Pero los indígenas no tardaron demasiado en acorralarlo como a un animal exhausto.

Lo llevaron nuevamente a la costa. Le hicieron ver el resultado de la pelea. Las heridas. La muerte en ambos bandos. Las marcas en la arena.

Le señalaron la barcaza que acercaba a la carabela y el puñado de hombres que, unos minutos antes, habían pretendido llevarse a uno de los suyos.

Y le señalaron al hombre que habían dejado atrás.

Los indígenas dijeron algo que Francisco no comprendió.

Pero entendería todo más adelante. Era cuestión de tiempo.

Antes, fue testigo del ritual.

Los indígenas cargaron el cuerpo del viajero hasta un claro entre unos arbustos. Ya lejos de la costa.

Aparecieron de todas partes. Eran muchos más que en la playa.

Había niños y viejos, mujeres jóvenes y fuertes. Todos parecían tener una misión silenciosa. Pautada y sutil.

El cuerpo de Solís fue dejado en el suelo con el torso descubierto.

Nadie decía nada. Todos se movían de un lugar a otro. Eran unos preparativos que Francisco no lograba comprender.

Una mujer extendió varios cueros bien limpios. Y, sobre ellos, un hombre mayor colocó puntas afiladas de varios tamaños. Dos niñas dejaron plumas de colores que Francisco jamás había visto.

Todo era muy lento y delicado a fuerza de costumbre y convencimiento.

A la caída de la tarde, Francisco, luego de ser perfumado con aromas de un aceite dulce, y marcado con tintas naturales naranjas y blancas en el rostro y los brazos, fue guiado entre las hogueras de los indígenas hasta el claro donde estaba el cuerpo de Solís.

Le habían extraído el corazón.

18

No había sangre por ninguna parte. Todo estaba limpio y ordenado.

En un círculo, los anfitriones sostenían el órgano extirpado, alternadamente. Cuando recibían el corazón, sus rostros se desfiguraban, emitían sonidos que parecían de dolor y ponían los ojos en blanco.

Sentaron en esa ronda ritual al joven grumete.

En el centro había un fuego muy alto con una llama más azul que amarilla.

Hasta que le llegó el turno a Francisco de sostener el corazón del almirante. La posta, hasta hacía poco en el interior del pecho del explorador, ahora pasaba de mano en mano.

Supo el grumete años después que el corazón de un rival derrotado era un instrumento poderoso,



que los lugareños valoraban igual que el cambio de las estaciones o las corrientes marinas.

Cuando el grumete recibió la pieza de carne, sintió un destello que lo cegó primero, y luego le trajo una luz brillante que ocupó toda su alma.

Y con la luz llegaron imágenes que no eran del todo desconocidas para él.

Había navegantes europeos que llegaban a selvas, a ríos repletos de aves de colores y animales magníficos. Eran hombres de barba larga y armaduras relucientes como la plata, con lanzas y armas de fuego.

19

Después, vio el resultado de las enfermedades.

Las matanzas.

El grumete transpiró y sintió hervir su sangre.

Y esto lo estremeció, a tal punto que perdió el conocimiento.

Lo recostaron lejos del fuego.

No se separaron de él por los tres días que duró la fiebre.

Colocaron en su pecho una pluma por cada día que duró el padecimiento.

Francisco fue recibido por los indígenas como un nuevo hijo.

Aprendió otros rituales. También la caza, la pesca. Dormir bajo las estrellas y trepar a los árboles. Qué frutos comer, cuáles estaban prohibidos.

Aprendió a observar con calma.

Y a hundir las lanzas cuando era preciso.

Pasaron muchos años, tantos como para que el joven ya casi no recordara su vida anterior como grumete.

Hasta que dio con una expedición de portugueses. Fue una llegada inesperada. Los recibió con ansiedad. En otra orilla.

20 Y allí algo en él lo devolvió a su pasado europeo. Y fue el choque de dos latitudes en su interior lo que lo perjudicó. Entonces, ¿de dónde era?

La cuestión de su origen estaba latente. Una pregunta había nacido. Una cuestión fundacional. No era más el grumete sin hogar, tampoco era un aborigen natural de la *Terra incognita*, como llamaban a su nueva casa los viajeros.

Bien, ¿quién era? ¿Es posible responder a esa pregunta acaso?

Cuando encontró a los marineros portugueses, por una vez no hubo masacre ni pelea, solo intercambios de bienes e historias. Francisco miró con otros ojos sus cicatrices de niño, esas heridas que habían cruzado el Atlántico. Que eran parte de su historia.

Algo parecido a la nostalgia se cernió sobre él.

No era ni de aquí ni de allá. ¿O era de todas partes?

Francisco no lo supo. O no logró comprender lo que sentía. Hablaba con los europeos de igual a igual, pero

no se movía, caminaba o vestía como ellos. Si es que acaso lo había hecho alguna vez, ya no.

No era uno de ellos.

La confusión estaba compuesta por dosis iguales de satisfacción y enojo.

¿Quién era el culpable de su destino? ¿El abandono?
¿La forzada adopción posterior?

¿Él mismo? ¿Dios?

Se había sentido muy bien siendo útil al ayudar a los europeos en el comercio, la navegación y la comunicación con los lugareños. De eso estaba seguro.

21

¿Por qué su vida estaba ahora en las costas desoladas y no en Europa? ¿Podía marcharse nuevamente? ¿Qué se lo impedía?

Las preguntas se apilaban como amontonadas en el fondo de un mortero. Y daban ganas de aplastarlas, machacarlas, volverlas útiles para algo.

No fue hasta que despidió al navío y sus tripulantes que pensó en culpables.

Si los había, necesitaba saberlo.

Pero eso llegó con el tiempo.

Y de la peor forma.

En aquellos años, los barcos aparecían en el horizonte como gaviotas en verano. Eran tantos, tantos... iban en todas las direcciones posibles.

Se multiplicaban constantemente. Respondían a diferentes reyes.

Nuevas banderas, nuevos colores en sus uniformes; todos con una cruz en sus velas. Algunos pasaban de largo, otros subían río arriba, y a veces bajaban a tierra firme.

Todos buscaban secretamente lo mismo.

22 Una vez llegó un veneciano, llamado Sebastián Gaboto, que había escuchado de la misión de Solís. El destino quiso que diera con Francisco. El navegante anotó en su diario sobre él y su prestancia a la hora de traducir sus peticiones a los indígenas.

Fue muy útil a su expedición. Tanto que los acompañó hasta el río Paraná y su intersección con el río Paraguay. Eso hizo que el joven pensara de nuevo en sus orígenes. Y que otra vez apareciera, fulminante, la melancolía y confusión.

Francisco fue la conexión entre el veneciano y los locales. El excelente dominio del guaraní del que hacía uso el exgrumete lo deslumbró. Todo fluía, o así lo parecía. Los avances fueron muchos.

Hasta que un día, Francisco escuchó lo que realmente estaba buscando Gaboto: las Sierras de Plata. Los navegantes insistían con esos tesoros.

No es que no lo sospechara. O quizás no quiso entender esas razones. Él no lo comprendió. Nadie podía hacerlo.

La expedición se mantuvo varios días en aquella zona verde y húmeda. Hubo exploraciones y muchos planes secretos por parte de Gaboto.

Indígenas y europeos convivían con un nexo: Francisco. Los malestares iban de un lado a otro a través de él y su palabra. También de su cuerpo. Era el puente que unía las sospechas de cada uno de los bandos.

Los viejos rencores de los dos mundos estallaban en sus aturcidos oídos.

Todos le hacían llegar peticiones. Los indígenas y su necesidad de saber qué deseaban en realidad los recién llegados.

Los europeos y su desconfianza.

El miedo.

Nadie estaba a gusto.

23

Se decidió celebrar un banquete. El motivo: acercar a las partes, aliviar las tensiones. Ya no podían seguir así.

Era un noble objetivo. Con entusiasmo, lugareños y europeos se sentaron alrededor del fuego.

Comieron y bebieron.

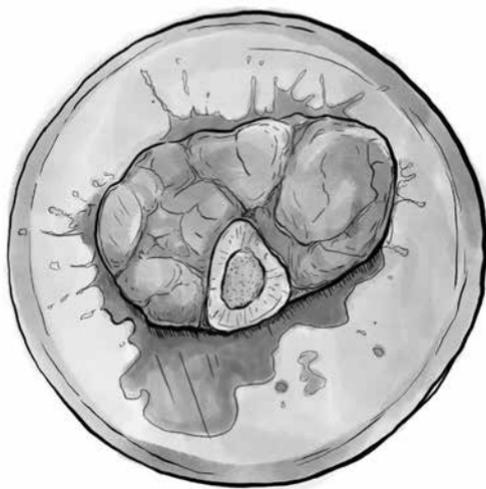
Pero no Francisco, que fijó la vista en las llamas. Tenía una expresión extraña, que Gaboto no había visto jamás.

Algo le sucedía al exgrumete. Una sombra se extendía por su frente, por sus ojos. Estaba ahí, y no.

La cena fue exagerada. El vino, los alimentos, todo parecía demasiado a los ojos de Francisco. Eso lo incomodó y sintió que su estómago no estaba preparado para celebrar casi nada.

Entonces, cuando recibió de un soldado europeo un segundo pedazo de carne cuasi sangrante en su plato, se la quedó viendo junto al primer trozo intacto, petrificado. Negó con la cabeza, dejó el plato en el suelo, se levantó sin más y se fue del lugar.

24



Ni bien se alejó de la luz del fuego, su cuerpo delgado fue devorado por la oscuridad.

Al instante, fue seguido por los indígenas invitados al banquete.

Hubo silencio. De esos bien incómodos.

Los europeos no entendieron lo que había sucedido. Quizás lo habían ofendido.

Quizás era algo acostumbrado por los aborígenes.

Gaboto sabía que fuera lo que fuere, era mala cosa.
Por eso se retiró del lugar.

Y, por esta astuta acción, salvó su pellejo.

Media hora después, un ataque furtivo de flechas
acribillaba a los europeos.

La masacre se había desatado de nuevo. Ahora en la
noche, ahora lejos del estuario.

Ahora, en el corazón de la tierra verde y húmeda.

A partir de allí se pierde el rastro del exgrumete que
se llamó alguna vez Francisco del Puerto.

Era el 10 de abril de 1828.